



Introducción

HEMOS escrito la historia del levantamiento del pueblo mexicano contra la dominación española que imperó durante tres siglos en la antigua tierra de Anahuac. Antes de realizar un propósito, de tiempo atrás concebido, hemos vacilado mucho espantados ante la grandeza de un asunto tanto más elevado cuanto más débiles sentíamos nuestras fuerzas para tratarlo dignamente; pero los consejos del patriotismo nos han dado poderoso aliento, y hemos creído que la sinceridad, la buena fe y la firme intención de rendir culto ferviente á la verdad y á la justicia pudieran sustituir, quizás con ventaja, á dotes más brillantes, y poniendo al fin manos á la obra sometemos hoy al recto juicio de los hombres

pensadores y sensatos el trabajo que acometimos con tan extrema desconfianza.

No ha sido, por otra parte, pequeño estímulo para nosotros la convicción de que ninguna época de México independiente y dueño soberano de sus destinos, fué tan favorable como la época actual á la aparición de una obra que, abrazando el vasto conjunto de su historia general, comprenderá, como una de sus partes principales, la historia de la guerra de Independencia. Más de sesenta años han transcurrido desde el término de aquella lucha grandiosa, fecunda en desastres, henchida de lágrimas y sangre, pródiga en horrores sin cuenta y que azotó á manera de incontrastable tormenta la cuna de nuestros padres; el tiempo ha ejercido su acción ineludible, calmando las pasiones, rectificando equivocados juicios, desvaneciendo más y más cada día los odios y los rencores engendrados por la lucha, y la historia de la guerra de Independencia, que escrita hace veinte años hubiera degenerado en amarga diatriba, puede y debe escribirse hoy desde un punto de vista sereno y tranquilo con las condiciones que exige su misión augusta. Separados por toda una generación de aquella época memorable, estamos colocados demasiado cerca para aprovechar con holgura las más preciosas fuentes de la historia y demasiado distantes para juzgarla con la elevación de miras digna del asunto y de las dos naciones que combatieron con tanto valor como constancia.

La guerra de Independencia dividió profundamente una sociedad que de improviso y formando contraste con la quietud de que venía gozando desde remoto tiempo, se vió envuelta en deshecha tempestad y arrebatada por el huracán revolucionario. Hubieron de modificarse, pues, rápidamente los elementos constitutivos de la sociedad mexicana desde el momento en que aspiraciones, antes encubiertas con sumo cuidado, ideas apenas emitidas en el seno de la familia, deseos vagamente formulados en sueños que acariciaban las almas generosas, revistieron una forma, adquirieron súbitamente animación y vigor intensísimo y aparecieron en los campos de batalla empeñados en lucha tremenda y apercebidos á la victoria ó al sacrificio. El estudio de esa modificación se impone al historiador con fuerza ineludible; necesario es, para que su tarea sea útil y provechosa, descender al examen de las causas que produjeron en instante determinado el levantamiento del pueblo mexicano proclamando su independencia y dispuesto á romper los múltiples y robustos lazos que le ataban á la metrópoli.

Tres siglos de dominación no fueron bastantes á borrar tradiciones que halagaban el justo sentimiento de orgullo nacional en los descendientes de los vencidos. Hay en las nacionalidades que sucumben un elemento que flota en esos pavorosos naufragios de los imperios y que lentamente va formando la piedra angular sobre la que se alzar á algún día la sociedad política, destinada

al parecer, á la muerte y al olvido. Y el dominio de España, tres veces secular, no fué bastante, lo repetimos, á desvanecer el sentimiento de nacionalidad en el pueblo sometido á sus leyes ni á lograr la absoluta asimilación de la colonia á la metrópoli, porque se alzaba entre ellas, siempre enérgico y vivaz, el recuerdo de una patria independiente que había gozado de épocas gloriosas, que había sucumbido con noble heroísmo y cuyos timbres invocaban con secreto orgullo los vástagos de aquel brillante y poderoso pueblo que cayó vencido en el primer tercio del siglo xvi.

La misma solicitud y el constante anhelo desplegado por los monarcas de España á favor de los indios desde la egregia Isabel la Católica, *que á diferencia del rey de las tablas astronómicas no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra*¹, hasta aquel Carlos II, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, que cierra melancólicamente la sucesión de los Austrias en el trono de dos mundos; ese mismo celo que palpita ardiente y generoso en las leyes dictadas por aquellos soberanos desde el principio de los descubrimientos y que brilla inmortal en las páginas de la *Recopilación de Indias*, contribuyó eficazmente á perpetuar una división que más tarde concurriría á aflojar los lazos que ligaban á España con sus colonias del Nuevo Mundo. Esa tutoría á que estuvo sujeta la descendencia de los vencidos, esa sustracción, por decirlo así, de toda una raza, acostumbrándola á vivir apartada del movimiento general, si bien se inspiró en los más bellos sentimientos de humanidad, fué una desacertada medida política: impidió una asimilación que aconsejaba la prudencia, sembró escollos en que se estrelló siempre la administración colonial y conservó unido, homogéneo, y por consecuencia fuerte, un temible elemento pronto á obrar en el tiempo oportuno.

La parte de la población intermedia entre españoles é indios, los mestizos y los criollos, razas nuevas y vigorosas en las que se unirán las cualidades y defectos de las dos razas, la vencedora y la vencida, también quedaron apartadas del movimiento político. Pero ellas sabrán abrirse paso lentamente; pero los individuos de esas razas, mirados siempre con prevención por los dominadores, lograrán penetrar en las filas inferiores del clero y en los empleos subalternos de la administración, y ellos engrosarán las huestes de la insurrección desde el primer momento, y ellos seguirán prodigando su sangre y sus esfuerzos en el curso del glorioso levantamiento, que tras once años de épica contienda alcanzó al fin espléndida y merecida victoria.

Más elevados en la escala social y enorgullecidos por la sangre europea que en sus venas circulaba,

¹ DON MODESTO LAFUENTE. — *Historia general de España*. (Discurso preliminar).

muchos de los descendientes directos de los españoles, sin mezcla ninguna con la raza indígena, herederos de aquellas vastas y ricas propiedades que se derivaron de la Conquista, considerábanse como los naturales y obligados continuadores de un orden político y social que, aparte de ser mirado por ellos bueno, justo y legítimo, les aseguraba el tranquilo goce de preeminencias y de honores tanto más apetecidos cuanto eran al menor número otorgados. Para ellos se fué allanando en el transcurso de los años la senda que conducía á las altas dignidades¹, en varios de ellos quedó vinculada la aristocracia de la colonia, que ostentaba con orgullo

sus títulos nobiliarios procedentes de las hazañas que dieron lustre y altísimo renombre á los compañeros de Cortés, y para ellos quedó abierta la carrera de las armas desde la formación regular del ejército de Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVIII.

Durante las tres centurias de la dominación española hay, empero, un lento trabajo de identificación de que resultará el alma nacional, producto de diversos intereses, de nobilísimas aspiraciones, de vehementes deseos, que con el transcurso del tiempo llegaron á confundirse y á intentar la realización de esos mágicos ideales que acarician los pueblos oprimidos. Y á pesar



Carlos IV

de las leyes que prescribían la división de las razas, y no obstante que las costumbres eran el fiel reflejo de esas leyes y marcaban á su vez, y quizás con mayor eficacia, hondos límites entre los varios agrupamientos de razas y familias, un nuevo pueblo formóse á la sombra de una dominación cuyas robustas bases flaqueaban ya en los postreros años del pasado siglo. Cuando sonó la hora solemne de la proclamación de la Independencia, uniéronse sin esfuerzo la raza indígena, los mestizos y muchos de entre los *criollos*, colocándose

en lucha abierta con los dominadores y aquellos sus directos descendientes que les fueron fieles; rompióse desde entonces la aparente armonía en que todos habían vivido bajo el tranquilo gobierno de los vireyes, y en el choque pavoroso que sucede á la calma en que reposaba Nueva España al comenzar el siglo XIX, percibense desde luego los campos perfectamente deslindados: de un lado, las masas oponiendo su número á ejércitos regulares y disciplinados; del otro, la autoridad constituida y consagrada por la fuerza, la tradición y la costumbre; aquéllas acaudilladas por simples sacerdotes como Hidalgo, Balleza y otros, primero, y más tarde por el integérrimo Morelos y el esforzado Matamoros; la causa de los dominadores, ardientemente defendida por

¹ Entre otros debe citarse el doctor don Antonio de Cuevas y Dávalos, arzobispo de México en 1664-1665, mexicano de nacimiento y descendiente por línea paterna de los duques de Cantabria y por la materna de don Sancho Ramírez, segundo rey de Aragón.

el alto clero que lanza desde sus catedrales los rayos del anatema sobre las cabezas de los insurgentes; éstos dirigidos al combate por jefes que la víspera han soltado la azada de las manos ó el incensario del levita sobre las baldosas del santuario, y sus contrarios, llevando en sus filas á muchos de los altivos descendientes de los españoles que durante un revuelto y sangriento decenio aprenderán el arte de la guerra al lado de famosos capitanes y echarán luego su espada en la balanza para dar fin á la guerra de emancipación.

Surgen del solio mismo de los reyes españoles las primeras ideas de independencia. Carlos III, el más ilustre de los Borbones que se asentaron en el trono de san Fernando, encadenado por el célebre *pacto de familia* á la política exterior de Francia, y quizás cediendo á viejos resentimientos personales, reconoce la independencia de las colonias inglesas en América. Fué ese un momento solemne para la dominación española en el Nuevo Mundo. Desde entonces quedaba desarmado el antiguo derecho de posesión confirmado por el papa Alejandro VI al espirar el siglo xv, y alzábase á su vez, consagrado y reconocido por los reyes mismos, el derecho de los pueblos. El tratado de París, firmado en 3 de diciembre de 1783, llevaba en sus páginas, más que la satisfacción de los rencores internacionales de las dos potentes monarquías borbónicas, fecundos gérmenes de libertad para las colonias de España.

Comprendiólo así el perspicuo ingenio del eminente estadista que ajustó el tratado por orden de su soberano, y tal vez con la misma pluma que le sirvió para firmar aquel pacto trazó el conde de Aranda la célebre memoria secreta dirigida á Carlos III, proponiéndole en ella la independencia política de las posesiones españolas en el continente de América. El hombre de Estado revela en ese documento la profunda inteligencia, el exacto conocimiento de los hombres y las cosas y fija su penetrante mirada en los tiempos futuros; adivina el ineludible resultado del movimiento revolucionario que empezaba á despertar en aquellos días á las naciones del viejo mundo y á cuyo influjo potentísimo acaba de brotar, á este lado del Atlántico, un pueblo vigoroso y ungido con el óleo del derecho y de la libertad. Presiente, con la certeza propia del genio, los peligros que amenazarán á las colonias vecinas de ese pueblo á cuya emancipación ha contribuido España misma; no se le oculta el irresistible contagio de las ideas, ni la mágica influencia que una sociedad nacida con tanto vigor á la vida independiente y libre causará en las hasta entonces sumisas posesiones españolas, y animado por su celo patriótico somete al soberano un plan grandioso y atrevido: «deshágase Vuestra Majestad, le dice, de todas las posesiones que tiene sobre el continente de las dos Américas; colóquese á un infante de España en el trono de México, ciña otro la corona del

Perú, sea el tercero rey de la Costa Firme, y Vuestra Majestad tome el título de emperador, con calidad de jefe de la familia. Aquellos soberanos pagarán una renta anual al tesoro español; ellos y sus hijos deberán siempre casarse con los infantes de España ó de su familia; á su vez los príncipes españoles se casarán con las princesas de los reinos de ultramar. Así se establecerá una unión íntima entre las cuatro coronas, y al advenimiento á su trono, cada uno de estos soberanos deberá hacer el juramento solemne de llevar á efecto estas condiciones.»

¿Hubiera subsistido por largo tiempo ese *anfictiónado* monárquico ideado por el conde de Aranda, si el rey de España y de las Indias accedido hubiese á los deseos de su hábil ministro? ¿Habrían inclinado esos pueblos la cerviz ante los soberanos que les enviara la metrópoli cuando la revolución estaba á punto de estallar trayendo en sus alas de fuego nuevas y mejores condiciones para la vida de las sociedades?

Porque jamás en la sucesión de los tiempos combatió el espíritu humano con tan incansable ardimiento como en el transcurso del pasado siglo. Tocóle á Francia la noble misión de difundir los nuevos principios, vulgarizándolos ya por medio de los enormes volúmenes de la *Enciclopedia*, ya en las obras de Voltaire, cuya vida se alarga en proporción de la tarea á que parece destinado y á la que dedica las asombrosas aptitudes de su ingenio. Francia es el centro centellante que impulsa é ilumina á ese inmenso torbellino que envuelve á Europa: brotan de su inflamado cerebro ideas grandiosas, teorías deslumbradoras; descienden á la caliente arena de la discusión creencias, dogmas, instituciones y sistemas; repercuten su estruendoso clamoreo los demás pueblos del continente encorvados bajo el peso de sus cadenas, y cuando suena la hora del combate aquella nación toma por piloto la tormenta y endereza su nave contra todos los escollos, arrollando cuanto encuentra á su paso, exterminando á cuantos quieren moderar su impetuosa carrera, doblegándose un momento bajo la potente mano del hombre que logra personificar en cierto modo los ideales de la revolución, y después de aniquilarle prosigue su marcha con más intensa energía hacia la conquista de mayores y fecundos bienes y dilatando el anchuroso imperio de la civilización, de la justicia y de la libertad.

Llegaron hasta el Nuevo Mundo los ecos del inmenso y atronador hundimiento del trono de los Borbones, como antes pudieron llegar las doctrinas y los principios que durante un siglo habían propagado por toda la Europa los filósofos y los reformadores del orden social. El gobierno español, por su parte, redobló su vigilancia para impedir á sus súbditos del nuevo continente el conocimiento de esas doctrinas y ejemplos que pondrían en gran peligro su dominación; pero en vano se esforzaba por conservar en completo aislamiento á

sus colonias; que el lento trabajo de renovación se efectuaba en ellos al soplo de las nuevas ideas; que los principios se difundían con pasmosa rapidez entre los hombres pensadores; que el pueblo sabía al fin que regias y ungidas cabezas rodaban en Francia desde lo alto del cadalso, y que una joven nación, separada de Nueva España por los desiertos de Texas, se alzaba rebosando vigor y savia potentísima invocando el derecho de los pueblos hasta ver afianzada su vida independiente y libre.

En los momentos de estallar la revolución francesa subió Carlos IV al solio de León y de Castilla. Hondas miserias é inmerecida ignominia estaban reservadas á la noble nación española bajo el reinado de este soberano que parecía renovar al cabo de diez y siete siglos la irrisoria majestad de Claudio; miserias é ignominias que sabrá borrar el esforzado patriotismo de los españoles, lavándolas con torrentes de sangre generosa. Pariente de Luis XVI, interpónese Carlos IV á su favor ante la airada Convención, y recibe en cambio altivas repulsas, y preciso es que sufra aquel desventurado el último suplicio para que España declare la guerra á la República francesa y que la termine á poco firmando la desventajosa paz de Basilea. Los enemigos de la víspera se convierten en aliados: los tratados de San Ildefonso unen en liga ofensiva y defensiva contra Inglaterra á la joven república con la vieja monarquía de san Fernando, costándole á ésta la pérdida de magnífica escuadra en el cabo de San Vicente y la de la riquísima isla Trinidad. Nuevos y reiterados desastres acarrea tan fatal alianza á la mal regida España, superando á todos la tremenda rota de Trafalgar, que hundió ese día en las revueltas ondas del Océano el poder marítimo de la península.

Alma de esta política tan ruinosa para España y árbitro de los destinos de patria tan heroica fué un favorito á cuyo valimiento no se encuentra uno igual en la historia. Godoy había subido desde simple guardia de corps á los primeros puestos del Estado, pasando antes por la cámara regia y mancillando el lecho de sus soberanos: acumuláronse en su cabeza honores y dignidades sin cuenta; fué dueño de la voluntad del monarca como lo fué del gobierno de España por espacio de muchos años, y cuando ambicionó ceñir una corona ajustó con el hombre que era en aquellos días árbitro de Europa el célebre tratado de Fontainebleau por el que se dividía Portugal en tres pedazos, de los cuales uno dábale á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarves.

Un ejército francés entra en España para llevar á cabo ostensiblemente el pacto ajustado en Fontainebleau, pero en realidad para dominar por el engaño y la sorpresa al esforzado pueblo que en aquellos momentos se aprestaba á sacudir el yugo del odioso favorito.

Y en presencia de los soldados de Napoleón, dueños

ya de las principales plazas de guerra, sin que sospecharan de su armipotente aliado ni el rey, ni el privado, ni la corte, ni el pueblo; enfrente de Murat, que ya tocaba á las puertas de Madrid y que seguía con ávida y torva mirada todas las peripecias de aquel drama, un levantamiento popular derriba en Aranjuez al encumbrado y orgulloso valido; Carlos IV, quien quizás le amaba más que al trono, abdica por salvarle; ciñe su hijo Fernando la ambicionada corona, y entra éste en la capital de la monarquía en medio del universal entusiasmo; siguen luego miserias y traiciones sin nombre: Carlos y Fernando eligen á Napoleón árbitro supremo de sus diferencias; éste atrae á Bayona, uno tras otro, á todos los miembros de la familia real española; el hijo, por su orden, devuelve al padre el cetro que casi acaba de arrebatarse de las manos, y ambos lo ponen humildes á los pies del emperador de los franceses, quien trasfiere el trono de Isabel I y de Felipe II, de Fernando VI y de Carlos III á su hermano José, el rey de las Dos Sicilias.

Honor, dignidad, firmeza y patriotismo que no tuvieron sus reyes, túvolos la nación española para repeler la alevosa invasión extranjera: el 2 de mayo de 1808 lánzase en Madrid el primer grito de guerra, y corre la sangre en sus calles y en sus plazas; levántase el pueblo español en defensa de la patria, y la península será un campamento desde Galicia á Cataluña, desde Pamplona hasta Cádiz, y lucharán sus hijos sin tregua ni respiro; á falta de dirección y pasado el primer momento de estupor erigiránse *juntas* en casi todas las provincias; á falta de ejércitos, se organizarán guerrillas; ancha tumba será España en la que irán á hundirse, uno en pos de otro, los ejércitos vencedores de la Europa; Gerona y Zaragoza renovarán los portentos de Sagunto y Numancia, y tras algunos años de heroica resistencia, gloria será de España debilitar al coloso que quiso sojuzgarla, liberrar á Europa del yugo que éste le impusiera con su espada, y tornar ella misma á la vida independiente, digna de la gratitud de los pueblos y de la admiración de la historia.

No es fácil formarse exacta idea de la impresión que debieron causar en Nueva España las noticias de aquel derrumbamiento de instituciones y de reyes que acababa de efectuarse al otro lado del Atlántico. A mediados de 1808 y en el espacio de muy pocos días, llegaron á la colonia las inesperadas nuevas del motín de Aranjuez y de la abdicación de Carlos IV; de la exaltación de Fernando y de su entrada en Madrid en medio del regocijo público, y luego, una tras otra, las aterradoras noticias de la salida de la real familia y de su prisión en Bayona; del patriótico levantamiento del pueblo de Madrid y de la erección de juntas en las provincias, que en medio de ese inmenso trastorno se apercibían á dirigir la lucha contra la osada invasión extranjera. La gran mayoría de aquella sociedad, edu-

cada en la ciega obediencia y acostumbrada á identificar y confundir á los monarcas con la Divinidad, se sintió sobrecogida de un sentimiento de estupor, tan sólo comparable al que inspiran los formidables cataclismos que interrumpen la marcha serena y majestuosa de la naturaleza. Y sucedió lo que debía suceder: intensa inquietud se apoderó de los espíritus y una agitación profunda comenzó á alterar desde aquellos momentos la tranquila marcha de una sociedad no acostumbrada á las sacudidas revolucionarias.

Pero en los primeros momentos, un movimiento de

general entusiasmo respondió á la noticia de la gloriosa insurrección española contra las huestes napoleónicas. Muy luego los diversos intereses, las inconciliables aspiraciones debían entrar en lucha abierta: vastos horizontes se abrieron á los espíritus patriotas que acariciaban persistentes y tenaces el propósito de emancipar á la colonia; tentaciones de mando absoluto vinieron á apoderarse del virey y de un corto número de privados; recelos y sospechas asaltaron á los españoles en vista de la conducta incierta y vacilante del representante de la autoridad regia, y puestos en comuni-



Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz

cación los de la capital con los que habitaban las provincias se apercibieron á conjurar el peligro que creían inmediato: el término de la dominación española intentado por el virey Iturrigaray.

La noche del 15 de setiembre de 1808 es famosa en la historia de México y tan digna de conservarse en nuestro anales como la memorable del 15 de setiembre de 1810. Si en esta última un grupo de hombres esforzados adoptaron la heroica resolución de sacrificar su existencia en las aras de la patria, en aquélla, los españoles conjurados en México asaltaron el palacio, aprisionaron al virey y colocaron en su lugar al hombre que les inspiraba entera confianza. Pero el prestigio

de la autoridad monárquica y de sus representantes en la colonia quedó desvanecido desde entonces, derribado por tierra el vetusto respeto á seculares instituciones y patente el ejemplo de lo que logran alcanzar la osadía y el esfuerzo de los partidos.

Una intensa reacción caracteriza á ese notable y corto período de nuestra historia. La nueva administración, nacida del motín, pero fuerte con el robusto apoyo de todas las clases prepotentes, reprime con inusitado vigor las tentativas de independenciamiento. El virey Garibay ordena numerosas prisiones y empieza desde entonces la serie de víctimas que hubieron de sacrificarse en aras de la más noble de las causas.

Aquel septuagenario militar, que era dócil instrumento de la facción que en noche memorable lo había alzado sobre el pavés, y luego el arzobispo Lizana, que le sustituyó en el vireinato, establecen la política suspicaz y represiva que continuarán los últimos gobernantes españoles en México. Destierros y prisiones ordena Garibay, y destierros y prisiones ordena su sucesor apenas se encarga del mando supremo, y uno y otro, atentos á los esfuerzos de España para romper el yugo que Napoleón pretende imponerle, envían á la metrópoli cuantiosísimos tesoros, debilitando así á la administración de la colonia en la lucha desesperada que muy pronto debía sustentarse en la vasta extensión del suelo mexicano.

La conjuración de Valladolid, formada en setiembre de 1809 y descubierta en diciembre de ese mismo año, es precursora del glorioso levantamiento de Hidalgo y sus ilustres compañeros. Conspiración abortada, obedecían, sin embargo, sus autores á un ideal político y á un plan formal que no tuvo tiempo para madurarse debidamente.

Sucede al arzobispo-virey la audiencia de México, y á ésta el teniente general Venegas, que desembarcó en Veracruz el 25 de agosto de 1810. El nuevo gobernante avanza hacia la capital con calculada y majestuosa lentitud, y aun no se habían perdido los ecos de la estruendosa pompa con que fué agasajado, cuando un rumor siniestro y formidable viniendo del centro de Nueva España anuncia á unos y otros, á los dominadores y á los partidarios de la Independencia, el principio de una época fecunda en desastres y en grandezas, en heroicas virtudes y en crímenes sin nombre.

Y era que la idea de Independencia había encarnado al fin en un hombre altivo y osado que durante muchos años meditó en el silencio y en el retiro la gigantesca obra de emancipar á la colonia. Hidalgo concentra las aspiraciones justísimas de la inmensa mayoría de los mexicanos; con pobre acopio de elementos materiales, pero con caudal inmenso de esperanzas; con ciega fe en el resultado final de su alta empresa; con la abnegación que es dote de los fundadores de naciones, resuélvese á apresurar la hora suprema urgido por el descubrimiento de su grandioso proyecto, y cuando sabe que la orden de su prisión ha sido expedida por las autoridades españolas. El cura de Dolores aparece con toda la grandeza de los héroes antiguos al asomar la aurora del 16 de setiembre de 1810. ¿Qué grupo es ese que en el atrio de una humilde iglesia levanta hasta las nubes entusiasta clamoreo? ¿Quién es el jefe de esa muchedumbre que por momentos crece y se agiganta, y que al espirar ese mismo día era ya numerosísimo ejército que entraba en San Miguel el Grande al compás de sus cantos marciales? Ese grupo es el núcleo de un pueblo que se lanza á la conquista de sus más sagrados derechos; ese caudillo es el varón ilustre y fuerte que

acepta el martirio desde el instante en que su voz augusta convoca á sus hermanos para alcanzar la Independencia. Por eso México le llama el *Padre de la patria*.

Empieza entonces un período de lucha tremenda que prolongará sus horrores por espacio de once años. La que fué tranquila Nueva España durante tres siglos se ha alzado en armas á los mágicos acentos de libertad y emancipación, y el grito de guerra lanzado en Dolores resuena en todo el ámbito del suelo mexicano desde los vastos desiertos del norte hasta las riberas del Usumacinta. Cede por do quiera la quieta servidumbre á la tormenta; el combate está empeñado; despiertan antiguos odios y rencores que un sueño tres veces secular no ha bastado á desvanecer en los vencedores y vencidos; al influjo de la idea se ha formado un ejército; legiones que parecen brotar del suelo mismo, semejantes á las olas encrespadas, surgen en todas direcciones; caudillos, oscuros la víspera, guían á esas muchedumbres tonantes; corren á las armas los labradores y los artesanos; empuñan la espada el estudiante y el sacerdote; es el santuario foco ardiente de propaganda, y allí se forman los batallones, y allí aparecen muchos de los ilustres guerreros de la época predicando desde el púlpito la insurrección, para esgrimir luego el acero en los campos de batalla. Unos tenían conciencia del gran movimiento que había iniciado el ilustre cura de Dolores y percibían su inmensa trascendencia; otros no alcanzaban á comprender en su vasto conjunto la revolución que acababa de estallar en un humilde lugar de Nueva España; pero todos se sentían empujados por fuerza incontrastable, y en esos momentos supremos la nación estuvo en pié, armada para la lucha, dispuesta al sacrificio y resuelta á poner término á la robusta y secular dominación.

Que el primer sentimiento producido en el ánimo de los gobernantes españoles por la noticia de la audaz insurrección fué el de estupor y asombro nos lo revelan claramente varios documentos de la época. Pero poco duró esta natural vacilación. Recobrando prontamente la ingénita energía nacional, adopta el virey Venegas vigorosas resoluciones, ordena movimientos de tropas, arma y disciplina nuevos batallones, pone precio á las cabezas de los principales caudillos de la revolución, multiplica los medios de defensa de la capital, y á todo atiende con una actividad infatigable, que secundan solícitos y diligentes los jefes militares, las autoridades, los acaudalados propietarios, los comerciantes y los miembros del alto clero, que forjan ya los rayos del anatema para lanzarlos sobre las frentes de los rebeldes.

El ejército insurgente á semejanza de terrible tromba se ha abatido entretanto sobre Guanajuato, y la sangre derramada en Granaditas es la primera de la que ha de teñir por espacio de muchos años nuestras ciudades y campiñas, los altos riscos y las cultivadas

praderas. La rica provincia de Michoacán cae luego en poder del ilustre caudillo de la Independencia; mil y mil voluntarios engrosan allí su ejército, que se dirige nada menos que á la capital del vireinato, la vieja y opulenta Tenochtitlán, la gloriosa ciudad que fué asiento de aquella monarquía azteca destruida por la conquista casi mitológica del ínclito Cortés. Sale á oponérsele un brillante aunque reducido cuerpo de tropas realistas, y el sombrío Monte de las Cruces retiembla ese día al estruendo de las armas y repiten sus lúgubres ecos el canto atronador de los insurgentes vencedores.

Una jornada más y la joya más preciada de la colonia, la espléndida ciudad de los lagos, verá flamear en sus torres y palacios los multicolores estandartes improvisados durante la marcha por el Padre de la patria, pero que han guiado á sus victoriosas legiones en Granaditas y en las Cruces. La angustia y el terror cunden entre los moradores de la populosa capital que abraja en su seno los intereses y elementos más valiosos de los realistas, pero en breve se restablece la calma y el peligro se aleja. Y es que los independientes vuelven sobre sus pasos y se dirigen á Querétaro.

Entonces comienza el infortunio á descargar rudos y continuados golpes sobre los defensores de la Independencia; reveses que lejos de amenguar la ardiente fe de sus primeros apóstoles les infunden brío indomable; derrotas que aquilatan el patriotismo y que hacen brotar combatientes en todas las provincias, como si la causa nacional, á semejanza del fabuloso Anteo, se levantara más vigorosa y pujante después de caer por tierra, al parecer descoyuntada y herida de muerte. Aculco, Guanajuato, Calderón, las Norias de Baján quedan escritos con sangre en nuestros anales, y marcan la vía dolorosa de los primeros héroes de la Independencia que termina en los cadalsos de Chihuahua. Pero suceden á los primeros nuevos caudillos que se dispersan por diversos rumbos propagando la revolución en Zacatecas y Nuevo León, en Sinaloa y Sonora, en Nuevo Santander y Texas. Los Rayones, Liceaga, Verduzco y otros muchos continúan la obra de Hidalgo y de Allende; combaten con las armas y difunden por medio de la prensa las ideas de libertad é independencia, en tanto que en las montañas del Sur aparece el grande hombre de guerra que había de ilustrar con sus increíbles proezas la historia de su patria.

Morelos es en efecto el gran capitán de la guerra de Independencia. Victorias brillantísimas anuncian á los dominadores la aparición de este enemigo formidable que cae como el rayo sobre los realistas, que los desbarrata en todos los encuentros, que asombra á los viejos veteranos españoles con la rapidez de sus marchas, y que en pocos meses se enseñoorea de la vasta zona del Sur, desde las playas del Pacífico hasta las cercanías de la capital misma. Son sus tenientes los Bravos, los Galeanas, los Matamoros, nombres ilustres que brillan al

lado del limpio nombre de Morelos. El gobierno vireinal aprecia en toda su valía al denodado campeón de la Independencia y allega todos sus elementos para destruirle. Y si sus anteriores hazañas le han dado justísima fama, *el sitio de Cuautla la lleva entonces hasta las estrellas y en México mismo se cantan los elogios del campeón nacional, y su nombre es ya una señal de triunfo para los mexicanos* ¹.

Chilapa, Huajuapam, Orizaba y Oaxaca sucesivamente, ven ceñido de laureles al integérrimo Morelos; pero la fortuna se cansa al fin de prodigarle sus dones. Último reflejo de aquel sol en su ocaso es la toma del puerto y castillo de Acapulco, compensada bien pronto por la tremenda rota que sufre en Valladolid al espirar el año de 1813. La envidia que inspira su gloria ha hallado prosélitos en sus mismos compañeros de armas y trabajos: le inutilizan para el mando confiándole cargos políticos tan aparatosos como inútiles; enervan su actividad de otros días en discusiones de principios teóricos; la muerte ha arrebatado en los campos de batalla y en los patibulos á sus bravos tenientes los Bravos, los Galeanas y los Matamoros, y él mismo, al sacrificarse en defensa de sus émulos, proporciona al gobierno vireinal con su prisión y muerte en el cadalso de Ecatepec un triunfo comparable al de cien espléndidas victorias.

Hubo un momento en que parecía sofocada al fin la revolución de Independencia, y el inflexible Calleja creyó que era llegada la hora de la clemencia y del perdón. Mier y Terán en la provincia de Puebla, Victoria en la de Veracruz, Rayón en las asperezas del Cópore, Nicolás Bravo resto de una familia de mártires, solo con su gloria inmortal de magnánimo y generoso que Grecia y Roma envidiarían para sus héroes, y el indomable Guerrero, refugiado en las selvas del Sur, sostenían aún una lucha que todos creían próxima á extinguirse, y cuyo término apresuraban en la apariencia las hábiles disposiciones del nuevo virey Apodaca.

Uno de esos hombres que han erigido en su corazón un templo á la libertad y al derecho, joven como Alejandro é impetuoso como sus antepasados los navarros, que pelearon con Sancho Abarca y en Calatayud, desembarca un día en Soto la Marina al frente de un puñado de valientes. Mina es de esos hombres que tienen por patria á la humanidad; se les ve siempre al lado de los oprimidos en lucha abierta con los tiranos. En España había combatido á los franceses, y luego al despotismo del rey absoluto, y en medio de las amarguras del destierro llegó á sus oídos el rumor de la contienda que sustentaba un pueblo joven de América. Cruza el Atlántico, organiza en los Estados Unidos una expedición de la que forman parte muchos mexicanos emigrados, y después de arribar á las playas del Nuevo Santander emprende una gloriosa y rápida campaña que hace temblar al gobierno vireinal. Pero el héroe de

¹ ZAVALA.— *Ensayo histórico*, cap. IV.

aquella maravillosa epopeya de siete meses cae vencido á su vez y fecunda con su generosa sangre el árbol naciente de la libertad mexicana.

La última faz de la guerra de Independencia nos ofrece el tipo del patriotismo ardentísimo y de la inquebrantable constancia encarnados en Guerrero. A la muerte de Mina han seguido las prisiones de Rayón y de Bravo; Mier y Terán se ha visto forzado á acogerse al indulto; Victoria vaga casi solo por los bosques de la provincia de Veracruz, y el desaliento y el pavor han cundido en toda la Nueva España. Sólo Guerrero queda en pié en medio del universal desconcierto: él será el único y esforzado mantenedor de la Independencia durante un largo período, y su voz será la única que se oiga en medio de aquel silencio en que parece sumergida de nuevo la colonia. Es admirable la constancia de este héroe que aparece resuelto á caer el último sobre las ruinas de la patria. Ajax no pide á los dioses favor ni tregua; pídeles tan sólo luz para seguir luchando contra ellos. El impávido continuador de tantos campeones parece no demandar auxilio ni al cielo ni á la tierra, y más que por la victoria, por la vida, por la Independencia y por la patria, combate por la inmortalidad. ¡Sublime ejemplo el de esta inquebrantable resistencia de uno contra todos! ¡Llor eterno al caudillo impertérito que al conservar el fuego sagrado de la insurrección apresura el triunfo de la Independencia!

Al mismo tiempo, España veía rodar el cetro de su rey absoluto, y aclamaba con indecible entusiasmo la resurrección del código de 1812. Fernando VII se vió forzado á jurar aquella misma constitución que algunos años antes había desgarrado con airadas manos enviando á sus defensores á los cadalsos y á los calabozos. No fué de larga duración la lealtad de ese juramento, pero entre tanto, y en espera de los cien mil soldados franceses que le restablecieran en el mando absoluto, el soberano español inclinó la frente ante las nobles exigencias de su nación, y el código de 1812 fué jurado en los aun vastos dominios de la monarquía.

Había en México un partido poderoso que vió siempre con aversión profunda el triunfo de las ideas liberales consignadas en la constitución española; el clero y las clases privilegiadas, cuya influencia era preponderante en la colonia, sentían amenazada la existencia de sus rentas y prerogativas por los principios revolucionarios, y para contrastarlos, y para escapar á su dominio, se adherían en 1820 á la idea que habían anatematizado y combatido en 1810: la independencia de Nueva España. Por otra parte, diez años de guerra portentosa, de sacrificios heroicos, de difusión y propaganda de aquellas doctrinas que conmovían tan hondamente á la misma Metrópoli, habían causado un cambio completo en las ideas, en los hábitos y en las aspiraciones de americanos y europeos: acostumbráronse los primeros á considerar la consumación de la Independencia

como el término ineludible de tan recio batallar, y también como la aplicación nobilísima del principio de la soberanía popular, proclamada y reconocida por la gran mayoría de los españoles, precisamente en los angustiosos momentos de la aleve invasión extranjera; era la Independencia para los segundos—con tal de conservarse el régimen monárquico y de que un príncipe de la estirpe borbónica fuera el llamado á gobernar el nuevo reino—el ansiado desenlace de una situación tormentosa que había orillado sus más caros intereses á una pérdida irremediable y segura. Llegó, pues, el momento en que la Independencia era la solución forzosa de dificultades y embarazos de índole diversa; la idea que proclamaron los venerables caudillos de 1810 y que fué estigmatizada como un crimen sin nombre por las clases privilegiadas; la causa sostenida con tanto heroísmo por los sucesores de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de Jiménez y que había reclutado sus defensores en las filas del pueblo humilde y pobre; la emancipación de México, en fin, y su entrada á la vida libre, soberana é independiente de las naciones, era ya el propósito de sus antiguos enemigos, quienes, impulsados por distintos móviles, inspirados por sentimientos diferentes, y abrigando el intento de hacer servir esa emancipación á las aspiraciones y miras de sus respectivos partidos, se apercibían á apresurar la realización de una empresa que satisfacía todos esos intereses y conciliaba todas las opiniones.

¿Ceden esos esfuerzos y trabajos en mengua de los caudillos que desde 1810 hasta la época que dejamos señalada lucharon sin tregua por la independencia de México? No, que su gloria lejos de empañarse resplandece mejor ante los encontrados móviles que empujan á los hombres y los partidos de 1820 y 1821. No, que la posteridad, justa y serena, ha fallado ya al tributar ferviente culto y gratitud imperecedera á los que sublimaron el heroísmo hasta el sacrificio y el martirio!

El alto clero y las clases privilegiadas, que formaban la más fuerte de todas aquellas agrupaciones, se fijaron al fin en el hombre que ejecutara el plan que tenían apercibido. Iturbide había conquistado sus grados militares luchando en las filas españolas, y preciso es decirlo, teniendo sus manos en la sangre mexicana. Su nombre era repetido más que con temor, con ira profunda, por los defensores de la Independencia; energía, valor, inteligencia, eran las dotes que señalaban á este personaje extraordinario recomendándole á los ojos de los encumbrados conspiradores. Ocultaba Iturbide en lo más recóndito de su alma una ambición inmensa para espaciarla luego, apenas fueran llegados la ocasión y tiempo oportunos. Haciale falta un mando militar importante, y sus poderosos valedores lograron que se le confiara la comandancia general del distrito del Sur y la misión de destruir aquel foco de la insurrección alimentado por la incontrastable constancia del

sin par Guerrero. Faltábale inspirar confianza al íntegro virey Apodaca, y éste, cediendo á misterioso influjo, la otorgó completa, ilimitada, al valiente y joven coronel, proveyéndole de tropas y de recursos de todo género.

Avanza Iturbide en los postreros días de 1820 hacia las posiciones defendidas por Guerrero, anhelando fundar sus altivos planos en el prestigio que le asegure la destrucción del ínclito sucesor de Hidalgo y de Morelos; pero los primeros encuentros son otras tantas victorias para los independientes: desvanécese el engrimiento de Iturbide y procura entrar en arreglos con el indómito y generoso suriano; poco tardan en ponerse de acuerdo: la independencia de México ha sido concertada entre aquellos dos hombres; la libertad de la patria les ha obligado á soltar la espada de las manos y á confundirse en abrazo estrechísimo; Guerrero cede el mando á Iturbide, el constante enemigo de la Independencia, y ese día y con ese hecho de abnegación y de heroísmo incomparables, alcanza Guerrero la más hermosa de sus victorias. El 24 de febrero de 1821 el plan de Iguala anuncia á México que va á sonar la hora de su emancipación.

Hábil fué sin duda la conciliación de tantos y tan opuestos intereses, y ese mérito no puede negarse al autor de tan famoso documento. Dotado Iturbide de gran sagacidad supo satisfacer en él las aspiraciones de todas las clases sociales en que estaba dividida la Nueva España: la monarquía, proclamada en el plan de Iguala, y el llamamiento de Fernando VII, ó en su defecto, un príncipe de su familia al trono de México, halagaba las opiniones y sentimientos de los europeos y de una gran parte de los americanos; la unión tendía á borrar el antagonismo que más de diez años de porfía y sangrienta contienda habían establecido; la religión tranquilizaba las conciencias y consagraba las más caras y arraigadas creencias de todos los habitantes de la colonia; por último, la Independencia traducía la ardiente aspiración de la gran mayoría de los mexicanos. Guerrero, representante de toda una época de sacrificios, proclamaba también el plan de Iguala, y era su nombre la prenda segura de la Independencia, «la garantía más completa de la sociedad mexicana, que no podía temer un engaño viendo unido al nuevo caudillo con un hombre á cuyos piés se habían estrellado, sin quebrantar la firmeza de su corazón, la desgracia con todos sus horrores y la seducción con todos sus halagos¹.»

Así, ¿cómo no había de hallar mil y mil partidarios el movimiento iniciado en Iguala por Iturbide y secundado por el ilustre caudillo del Sur? Por todas partes la opinión aplaude entusiasta el término cercano de la lucha y levanta hasta el cielo el nombre del ilustre mexicano que ha marcado el hasta aquí á la dominación

española; olvídense sus pasados errores y se le convierte en objeto de culto ardentísimo. Las diversas guarniciones realistas diseminadas en el Sur secundan, desde luego, el plan salvador, y luego se adhieren á él los jefes más notables del ejército, las ciudades más importantes del vireinato, y saltan de nuevo á la arena muchos patriotas distinguidos que se habían ocultado ó vagaban por los bosques en los últimos años de proscripción y desventuras para la causa nacional. Herrera, Bravo y Santa Ana levantan en armas las poblaciones del oriente, y se presentan frente á Puebla poniéndole cerco estrechísimo; Negrete en Guadalajara y luego en Durango; Filisola en Toluca; Bustamante en Guanajuato; Cortazar en Salvatierra y en Celaya; Barragán, Domínguez y Codallos en Michoacán, y las provincias internas de oriente proclaman el plan de Iguala y se ponen á las órdenes de Iturbide, quien asume las funciones y el título de generalísimo. Este, dejando á Guerrero en el Sur para hacer frente á los realistas de Liñán, dirígese á Guanajuato y se une á los soldados de Bustamante; apodérase sucesivamente de Valladolid y de Querétaro; uno de sus tenientes entra triunfante en San Luis Potosí; marcha luego sobre la capital del vireinato donde un motín ha derribado á Apodaca alzando sobre el pavés al mariscal de campo Novella; confía á Bustamante y á Quintanar el asedio de México, y vuela á Puebla, que no tarda en abrir sus puertas á los independientes, y entra en ella victorioso y aclamado el 2 de agosto de aquel año memorable.

Arriba en esos días á las playas de Veracruz el virey O'Donojú, como si el postrer representante de los monarcas españoles estuviese destinado tan sólo á presenciar la agonía de la secular dominación fundada por el genio y el valor de Hernán Cortés. Ajusta con Iturbide el tratado de Córdoba, que modifica algunos de los artículos del plan de Iguala, y después de firmar aquel documento, triste recurso de la impotencia á que se ve reducido el sucesor de los Venegas y Callejas, avanza hacia México acompañando al afortunado generalísimo y persuade á Novella á entregar la ciudad capital y á dar término á la guerra de Independencia.

Era el 27 de setiembre de 1821. Un entusiasmo delirante animaba ese día á todos los habitantes de la hermosa ciudad de los lagos, ceñida con sus galas más ricas y desplegando á los aires en sus torres y palacios la bandera de la Independencia adoptada en Iguala. Era el símbolo de la soberanía nacional, era el emblema de un pueblo que nacía en aquellos momentos á la vida independiente, y al reflejar los rayos del sol en sus bellos colores, todos los corazones palpitaban henchidos de júbilo y los ojos se empañaban con el llanto del patriotismo orgulloso. Jamás pueblo alguno tuvo motivo para regocijarse tanto como el pueblo mexicano en aquel día de eterna memoria. Después de once años de lucha portentosa contemplaba terminada la obra augusta ini-

¹ *Hombres ilustres mexicanos. — Biografía de Guerrero*, por don José María Lafragua.

ciada en Dolores. Más de una vez había creído que su libertad espiraba en los cadalsos junto con sus más egregios defensores, y en esos instantes la sentía vivir y fulgurar con toda la fuerza de la juventud y de la victoria. Podía pronunciar y bendecir en alta voz los nombres de los héroes que le habían dado patria emancipada. Alzaba al cielo himnos de inmensa gratitud por el bien inestimable que comenzaba á sonreírle. Se hundían para él en los abismos del tiempo la esclavitud con sus cadenas, la servidumbre con su dolor y su ignominia, y contemplaba el porvenir radiante de esperanzas. Era al fin dueño de sus destinos, y por eso tendía alfombra de flores al paso del ejército independiente, y por eso, en medio de atronadoras y universales aclamaciones, saludaba con el nombre de Libertador, doblegándole al peso de sus coronas, al jefe de aquellas legiones que acababa de inscribir á México en el catálogo de los pueblos libres.

En ese tormentoso período de la historia de México, cuyos hechos más culminantes acabamos de bosquejar rápidamente, el estruendo de las armas ahoga, por decirlo así, las demás manifestaciones de la vida social de esta nación. La guerra con todos sus desastres es la condición en que vive y se agita en espantosas convulsiones por espacio de once años un pueblo que parecía destinado poco antes á dormir indefinidamente el sueño quieto y sin honra de la servidumbre. La guerra revela entonces que un descanso de tres siglos no ha cambiado ni el amor á la patria ni el valor ingénito de los hijos del suelo mexicano, cuyos antecesores lucharon con bravura y cayeron por fin al incontrastable choque de la Conquista. Pero la guerra enciende odios vivaces y abre entre los contendientes profundos abismos que el tiempo se encargará de extinguir y de allanar. Hemos ya alcanzado la época en que la historia de la guerra de Independencia puede escribirse sin odio y sin lisonjas.

En el curso de esa lucha desesperada ¡cuántas veces los fueros de la humanidad quedaron atropellados y escarnecidos, y cuántas también la extrema crueldad, el feroz rigor, la desapiadada venganza, la sed monstruosa de sangre y de exterminio usurparon el puesto y merecieron los lauros que sólo deben reservarse á las virtudes y hechos de los héroes! La misión de la historia quedaría á su vez envilecida si hubiera de atenuar los desafueros atendiendo al lado en que fueron cometidos: podemos, y más todavía, debemos, como mexicanos, elevarnos hasta el entusiasmo al relatar las

proezas de nuestros padres; pero no sería lícito que callásemos con cobarde complacencia sus errores. Podemos sentir íntimo y legítimo orgullo al describir sus glorias; pero seríamos reos de imperdonable injusticia si negáramos á los antiguos dominadores de este suelo su indómito valor, su infatigable energía, su ardiente patriotismo nunca adormecido y que han dado al pueblo español un lugar altísimo en la historia. Más benemérita aparecerá así la noble y grande empresa de nuestros progenitores, iluminada por la luz de la justicia y en parangón con el esfuerzo y el indomable brío de sus contrarios.

La guerra de Independencia marca un período importantísimo en la vida histórica de la nación mexicana. Decídese en los campos de batalla si ha de ser libre ó si ha de continuar sujeta á la dominación española; pero al fragor de los combates se efectúa un rápido cambio en los espíritus. Antes de que las armas alcancen su postrera victoria, ya la opinión y el sentimiento público han obtenido un triunfo completo; todavía el león de Castilla y el águila de Anahuac riegan con sangre el escarbado suelo de la lucha, y la independencia es, más que la aspiración inmensa, la única manera posible de ser del pueblo mexicano.

Sobre las ruinas de la antigua dominación surgió, pues, un pueblo nuevo en la filiación de las sociedades políticas; pero trayendo, aparte de su inquebrantable entereza para conservar su autonomía, ideas, hábitos, educación y tendencias que había heredado del pueblo que le diera civilización en cambio de vida independiente y libre. Esto no obstante, un sentimiento de aversión separa á uno de otro, y largos años transcurren antes de que echando al olvido los enconos, España y México muestren al mundo no la unión estrecha é interesada de las dos naciones, sino el tierno espectáculo de la madre y de la hija que se abrazan.

Cayó la dominación española cuando se había cumplido su destino y en los momentos precisos é improrogables de su término.

Cayó, y México entra entonces á la vida tempestuosa de los pueblos jóvenes y libres, y comienza á marchar por el sendero glorioso y difícil de las naciones independientes. Trae á su nueva existencia los errores y defectos que le han legado sus dominadores, pero ha heredado también sus altas virtudes, y ellas le bastarán para mantener su independencia y cumplir las leyes inmutables del progreso.

JULIO ZÁRATE.